Año 1926 Número 57 Diciembre

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE

BUENAS LETRAS





SUMARIO

SOBRINO DE IZQUIERDO.—SEVILLA

Año X.—Tomo X. | Diciembre de 1926 | Cuaderno LVII

BOLETIN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Poesía premiada en el certamen celebrado en honor de la Inmaculada Concepción, en cumplimiento de lo dispuesto por el señor don Antonio Sánchez Bedoya (q. e. p. d.)

ROMANCILLO DE LA PUREZA

A NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN MARÍA,
EN EL MISTERIO DE SU PURA Y LIMPIA CONCEPCIÓN

Lema: *Sine labe.*

Jardín de Nazaret;
el pie del Jardinero
las yemas del rocío
fecundó con su peso.
Jardín de Nazaret;
tus hojas se volvieron
para mirar gozosas
el brotecillo nuevo
y danzaba una salve
en la cuerda del viento.
Color y olor de flores,
las flores de tu carne son del Cielo,

Niñez iluminada
de oración y recreo,
libertad de guedejas
y santidad de juegos;
sobre el altar del valle
el vaso y el salterio,
el día una corona,
los árboles un templo
y la noche un perfume
para el jazmín del lecho.
Color y olor de flores
las flores de tu carne son del Cielo.



Sobre la verde palma
blanco nimbo de vuelos;
el palomar, en júbilo
de amores a lo lejos.
Su corazón con llaves
de castidad, sujeto,
la paloma, el nidal
deja tibio y compuesto...
Sobre la verde oliva
ha florecido un cetro.
Color y olor de flores
las flores de tu carne son del Cielo.

Ara, candela, manos
que tallan el incienso,
bendición y perfume
y pudores de velos.
Entre lluvia de rosas
aplómase el sustento
de un hogar sin penumbra
de rincón y el deseo
en la cruz de las manos
crucificado y muerto.
Color y olor de flores,
las flores de tu carne son del Cielo.

Ni lo bajó la nube,
ni lo traía el viento,
ni lo pintaba el alma,
ni lo pintaba el sueño.
Vino por que Dios quiso,
de verdad, con su cuerpo
de Arcángel y sus labios
de amaneceres tiernos;
«Dios te salve, María»
Cordera del Cordero,
Color y olor de flores,
las flores de tu carne son del Cielo.

Que vino la simiente
sin mancha del granero,
lo cantaba la flor,
la flor que trajo dentro;
lo cantaba la nueva
semilla en claro verso:
mi sangre no es de sangre,
de tierra no es mi Reino...
Y lo cantaba el vientre
cuando nacía el Verbo.
Color y olor de flores,
las flores de tu carne son del Cielo.



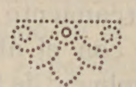
El Padre para el Hijo
quería un aposento,
su ternura y poder
hiciéronlo de nuevo,
se levantaba limpio
desde el umbral al techo,
sin rastro de posada,
sin huella de viajero.
La casa fué María
en campo nazareno.
Color y olor de flores,
las flores de tu carne son del Cielo.

Las rosas de Diciembre
de olor mojado quiero,
que las de abril y mayo
dan calor al deseo;
la lluvia es de la gloria
y de la tierra el fuego.

Cada día una cuenta
—¡Diciembre tres misterios
con un Ave-María!—
pasará por mis dedos
y en llegando a la octava
he de cambiar el rezo
que para la Pureza
un romancillo tengo.

Color y olor de flores,
las flores de tu carne son del Cielo.

ALEJANDRO COLLANTES DE TERÁN



La oratoria en nuestros días.--Sus cultivadores.--Los que la detractan.

Sin exordio ni preámbulo, habréis de permitirme que discurra a la buena de Dios y con vuestra ayuda, por supuesto, acerca de «La oratoria en nuestros días. Sus cultivadores. Los que la detractan.»

Y en el trance de opinar sobre si las circunstancias actuales y el ambiente social que nos rodean favorecen o, por el contrario, son hostiles a la más noble y difícil de todas las artes, el ánimo dudaría, no sabiendo de primera intención a qué cartas quedar. De una parte, el vivo aliento de solidaridad entre pueblos y naciones, hoy más que nunca vivo e intenso y el acercamiento espiritual que se inicia quiza para dar al traste con el afrentoso y ancestral «El hombre, enemigo del hombre»; de la otra, los recalcitrantes que se cuentan por legión; los que midiendo a los que envidian con el rasero de sus escasas dimensiones, aparentan un desdén quc están muy lejos de sentir, y ofuscados y molestos por la superioridad ajena, que quizás les advierte de la propia pequeñez, levantan la cruzada de la indiferencia —cuando no del ataque apasionado— desatando el manojo de sus más enconadas furias contra aquellos que tienen por *gárrulos palabreros* y por gentes poco o nada sesudas.

Son estos tales los parapetados en una seriedad imperturbable que no se altera por nada ni por nadie; los circunspectos. los que nunca se destaparon, especie de esqueletos inanimados, maniquíes sin expresión ni arranque, calderas de vapor sin vapor ni revoluciones; aquellos para quienes la vida es un ritmo acompasado siempre y el mundo todo una llanura inmensa y sin orillas, algo semejante a cronómetros que deambulan, como si la vida y el mundo no fueran lucha y contradicción y contraste y accidentación áspera y en extremo varia, y como si en la naturaleza, compendio y síntesis de la existencia toda, no se dieran las más abruptas sinuosidades y más allá de la cómoda planicie no se irguiera la sierra agreste y brava, y la oquedad imponente y la cortadura peligrosa y el abismo que produce vértigos y la montaña ingente y aspérrima... A estos tales, a quienes hay que tratar, no obstante, con alguna más consideración que la escasa que ellos guardan para con sus denostados, les llamaríamos, por darles algún nombre y en contraposición a los *bervorreros* o *simples charlatanes cuartilleros*, ya que por quítame allá esas pajas y a cada triquitraque echan mano de los renglones escritos con los que procuran salir del paso, esquivando el peligro; por lo que más limpios de ideas que de malos propósitos, les viene que ni de perlas aquello de «la mitad del año con arte y engaño y la otra parte con engaño y arte», evidenciando con tal proeeder que las cuartillas cuando mucho y aún dando de barato que estén meditadas y bien escritas son, constituyen, a lo sumo, un relato escueto, algo como un inventario frío, lánguido y desvahido en la mayor parte de los casos, adeirtiendo a todos la experiencia de que tres golpes de estos, asestados al público en una solemnidad o acontecimiento cualquiera, no hay atención que los resista, ni paciencia que los soporte, resultando para el sufrido oyente el más seguro hipnótico, bien al revés de lo que ocurre con el lenguaje hablado en que la sugestividad, las naturales seducciones, la variada inflexión de tonos, la delicadeza de los tropos, lo rico de lás imágenes. la magia irresistible de la palabra, el claro obscuro, en fin, obrando sobre la impre-

sionabilidad de de un modo directo e inmediato, permiten la seguridad del efecto y aleian del auditorio o concurso la monotonía y el cansancio.

Recuerdo a este propósito -y permítaseme la digresión—, entre otros cien que podría citar, un hecho que ocurriera allá en los días, por desgracia, un poco lejanos de mi juventud. Tratábase de despedir cariñosamente, rindiéndole homenaje de afecto y consideración, a un digno funcionario del Estado que en el desempeño de su difícil cargo diera siempre ejemplo de competencia, y celo y a quien la paternidad solícila del Poder público, recompensaba con el traslado a provincia lejana, tal vez de inferior categoría. Nunca más justificada la pleitesía de respeto y el tributo o fiesta de consolación hacia la persona estimabilísima cuya ausencia lamentaban todos. Organizóse un banquete en su obsequio, que ya por aquel entonces menudeaban estas *cuchipandas*, y una media docens escasa de jóvenes estudiosos, de los que toman en serio estas cosas y luchan por abrirse paso en las afanosas lides de la vida pública, trataba de acercarse al Cenáculo, llevando en sus rostros las señales harto perceptibles del embarazo oratorio; pero ¡oh desencanto de los noveles e ilusos adalides! No contaron con la huéspeda, ni menos se percataron de que alguien trataba de cortarles la retirada, estropeándoles el paso. Soñaron los inexpertos mozos con que aquello sería algo más que unos cuantos manteles más o menos nítidos sobre los cuales se deslizaran las viandas servidas con poca largueza, y la batería de cristal en cuyas copas burbujeara el ambar o la amatista de los caldos escanciados con cuenta gotas. El calor y efusividad parecía decretado que habían de brillar por su ausencia, y todos supieron algunos mlnutos después de terminado el alboroque, que un señor grave, circunspecto y de edad más que mediana, había recibido el encargo o, voluntariamente se lo impuso, de leer unas cuartillas ofrendando el agasajo. Preocupado diz que anduvo unos días el oferente y hasta aseguran que se asesoró de persona muy lince y probada en lances tales, gran amigo, por cierto, de la juventud de aquel tiempo, quien a la tal consulta y hecho

bien pronto cargo de la escasa enjundia del cuitado consultante, hubo de de contestarle en estos o parecidos términos: «tanto monta que hable como que escriba, porque si lo primero ha de serle difícil, escribir lo será tanto y por descontado más expuesto y peligroso». «Quia verba volant et littera scripta manent.»

El éxito respondo de que fué rotundo y digno de la seriedad y hermetismo de *D. Circunspecto*, por que los renglones rígidos e inexpresivos en que su autor vertió, sin querer, licor de adormideras, produjeron su inmediato efecto, logrando que pasaran inadvertidos — menos mal — en medio de la sorda y alegre greguería de aquel concurso, que no contaba, ciertamente, con la propina del inesperado beleño.



Los cuartilleros se dan en crecidísimo número y fuerza es reconocer que proceden con premeditada saña, siendo preciso que la defensa por parte de aquellos a quienes tratan de deprimir resulte proporcionada a la furia e intensidad del ataque. Es preciso que cada cual se destape y pronuncie, y que de una vez prescindamos de prevenciones cautelosas y de torpes y mal disimuladas insidias. Ya se yo que la lista de aquellos es interminable, como escasísimo el número de los oradores; como es muy limitado el de los espíritus decididos, el de los abnegados, el de los que cuentan con la valentía y decisión necesarias para echar el pecho al agua, arrostrando serenos el peligro. Debemos ir contra la insinceridad y el disimulo, por que si el valor se *supone* y los arrestos no pueden esperarse sino de los fuertes y denodados; si muchos, no pudiendo resistir al ímpetu de la corriente central se desvían al remanso, en cambio todos, dando de mano a ladinos y marrulleros y yendo contra las habilidades, para concluir con el eterno *truco*, hemos de

procurar que no se atente contra el «jus suum cuique» protestando con toda la energía de que seamos capaces contra aquellos a quienes molestan el valor y méritos ajenos y que reniegan del cristal en que se reflejan su pequeñez y fealdades.

Para estos tales se escribió aquello de «arrojar la cara importa, que el espejo no hay porqué».

Es asimismo indudable y puede afirmarse sin ningún género de vacilaciones que *el cuartillero*, fiel reflejo del temperamento y complexión nacionales, cuida de traer a casa cuanto encuentre al paso y no deja en el entretanto de molestar al vecino hasta en la suya, gustando de arrojar piedras al tejado ajeno, sin reparar acaso en que el suyo es de vidrio, fragil y quebradizo, por lo que la generalidad cuida más que de edificar de demoler, destruyendo la labor que otro emprende, muchas veces hincando el diente en la reputación de los demás con el dicho mordaz, con la frase cáustica o con el comentario nada piadoso y por descontado molesto.

¿No habéis sorprendido nunca en algún que otro de los que alardean de espíritus sutiles y sintéticos, de los que pretenden hacer pasar por suficiencia la más hermética y estudiada mudez, con la cual quieren dar a entender la desaprobación o el disentimiento de aquello que oyen a los demás y de lo que discrepan, tal vez por la razón sencilla de que ellos no lo dicen, procurando aparentar la superioridad y criterio de que carecen? ¿Y no habéis notado, de igual manera, que muchos discurren con el silencio y que faltos de razones que oponer a las de contrario aducidas y de las que parecen discrepar por su condición de eternos contradictores, en vez de replicar con otras que pudieran desvirtuarlas, terminan, o mejor, esquivan el debate escurriéndose con un cómodo y socorrido *¡bah!*?

Pues estas honorables personalidades, señores de todos mis respetos, son los que mayor contingente aportan a las filas compactas de los que diariamente claman y trinan contra la *mala oratoria*, de los centripetos, de los rígidos y *sesudos cuartilleros.*

¿Es, por ventura, que el lenguaje hablado constituye no más que un simple ejercicio fonético, falto de jugo mental y enteramente desprovisto de ideas, como si tratara de achaque o manía de un simple e infeliz perturbado? ¿Es, acaso, que la palabra pueda ser para nadie la mera inarticulación de un sonido, como el croar de la rana, o como el graznido del buitre, o como el chirriar de cualquier pesado carromato, en vez de ser expresión de algo que necesariamente ha de precederle, su vehículo apropiado, su medio más directo y natural de darlo a conocer y de comunicarlo a los demás, o es que puede el consíguiente darse sin en el necesario antecedente, o cabe en las mientes de alguien que la gestación pueda ser consecutiva al parto, en vez de resultar su indispensable preparación?

Los que tales cosas aparentan o simulan, no más, creer, vuelven la espalda a la más simple y rudimentaria lógica, demostrando a la vez que no han saludado ni de paso, «El Criterio», del insigne Balmes, escapando al suyo, bien limitado por cierto, el conocimiento de materias tan elementales y básicas, sin duda familiares para el *execrado* y *lenguaraz* orador, en fuerza de conocidas.

Digámoslo de una vez. No habla, no osa hablar, el que no puede o el que no se atreve; y aun cuando ninguna ley o pragmática exija a nadie que lo haga o que tan siquiera lo intente, si no le fuere permitido, bueno será que cada cual se procure alientos y fortaleza bastantes para resignarse con su suerte, dándose por satisfecho con aquello que hubo en el reparto que dispuso otro que no él, pudiendo asegurarse que no existe, al menos entre las gentes de nuestro conocimiento, ente alguno que pudiendo y siendo capaz de dar cima feliz a empresa para tantos dificilísima y aun escabrosa, deje de hacerlo por solo el dictado de una rarísima e inconcebible modestia, o por sacrificio de la propia vanidad, o por pura abnegación.

Me complazco en recordar, y permitidme el matiz acentuadamente anecdótico que voy dando quizá a este trabajo—al cabo a los viejos no nos es dado sino alentar de los recuerdos de ayer—, que ya hace muchos años, cuando apenas

alboreaba la vida para el que se os dirige ¡oh divino tesoro de la juventud!, que dijo el poeta, hacía yo mis primeras armas en la vida pública, llevando a ella con la más entera fe el escaso contingente de mis pobres aportaciones, que entre aquel que llamaríamos estado mayor de determinado núcleo o sector de fuerzas vivas, destacaba con singular relieve la figura, para muchos venerada. de aquel orador inmenso, desesperación, seguramente, de *los cuartilleros* de última hora —, si por acaso la muerte no lo hubiera arrebatado al afecto de sus numerosos amigos unos lustros ha -- que por su facil y ondulante palabra, su clarísimo entendimiento y su probada maestría en el decir, era la mortificación de muchos que nunca pudieron igualarle, y la devoción rendida de muy pocos, a quienes ni dolían prendas ni llevaban espina clavada en el corazón. Hablaba siempre que lo hacía con manifiesta oportunidad y con elocuentes y tribunicios arranques ¡y cuántas veces se oyó a algunos que, lamentándose de tales descomedimientos y de audacias tales, y requeridos para que lo hicieran a su vez, solían contestar «si que hubiese dicho algo, pero como ese endemoniado Zarzuela se lo habla todo siempre!..» Y con efecto, señores, aquel era el que con Suárez y Sánchez Barriga, eminencia de nuestro foro y orador a ratos ciceroniano, con el inolvidable Escudero y Peroso y con Arbolí y Faraudo, el más artista y copioso de cuantos han enaltecido el púlpito en los modernos tiempos, y con nuestro nunca bastante llorado Javier Lasso, fueron los briosos mantenedores de la oratoria en nuestra Sevilla; pocos. muy pocos en número, contadisimos, como contadas son las mentalidades robustas, los espíritus esforzados, los privilegiados, los elegidos.

❂ ❂ ❂

Sin el calor y el fuego de la oración, en mucha parte improvisada, no se conciben los grandes certámenes. ni esas espansiones del espíritu, ni las mayores solemnidades de todo orden, hoy tan frecuentes y casi diarias y en las que si hubiera de faltar el mayor de sus encantos y su indispensable ambiente, resultarían una mera exposición de galas más o menos vistosa, algo como un rígido y ceremonioso besamanos. cuando no dieran la sensación de simple cachupinada o alboroto verbenero.

No hubieran, no, rayado a la máxima altura las fiestas de la raza, celebradas muy poco ha en nuestros territorios africanos, ni hubiera lucido tanto y tan enhisto y erguido el pabellón nacional, como con la palabra caldeada y brillante de los ilustres oradores sevillanos, los letrados de este Ilustre Colegio Sres. Monge Bernal y Blasco Garzón, que, estremeciendo los corazones, pusieron en ellas un fuerte y noble latido del alma española, encendido en amores y en el más puro y levantado de los ideales, finalidad y brillantez que no se habrían alcanzado con todo un diluvio de líneas escritas desmayadas, lánguidas, frías..,

Hay que poner a raya a la bullente e inquieta pasioncilla, y al andante cinismo, y a la huera acometividad, y a la insidia que se recata y que, desdeñando el verdadero mérito de unos pocos y emulándolos torpemente, se adelantan para cogerse del brazo del Éxito. Hay que llevar en alto la visera para que los que alardean de aquello que nunca tuvieron, queden relegados al lugar que les está reservado, y para que a leguas puedan distinguirse y separarse la virtud y fortaleza de los unos y el ruín despecho de los otros, y el oro de ley, como siempre recatado y oculto, del flamante y deleznable similor, asomándose a las luminosidades del campo abierto, en vez de ampararse en la penumbra de la encrucijada a impulsos de la más taimada pusilanimidad. Hay, en fin, que reconocer el mérito en quien lo tenga, noblemente, sin reservas mentales, para no demostrar nunca que nos amarga o duele hacer justicia, más que sea reconociendo la inferioridad propia y haciendo el sacrificio de la vanidad ante los méritos y títulos ajenos.

¡No más discursos! ¡No más martillear nuestros oidos ni amargar el ánimo y aun la digestión con tanta huera palabrería! gritan muchos que se obstinan en ir contra mano y en abierta rebelión con algo que es consustancial con nosotros mismos y que no es lícito a nadie profanar. ¡Cerremos el peso a los *verborreros!* eruptan los que aparentan desconocer que es la palabra el medio de que los hombres se comuniquen en la compenetración espiritual y material que cada día parece estrecharnos con mas fuerza.



El cuartillero, examinado a través de su compleja psicología, ofrece un aspecto por demás curioso, ya que no pintoresco y regocijado, que bien merece fijar en él la atención muy detenidamente. Insegura su expresión, balbuciente el labio, suele ser de pluma torpe e indócil al pensamiento, y si la gestación es en él laboriosa, necesita muchas veces del forceps ajeno para el alumbramiento. Menos mal que cuenta de antemano con la seguridad del éxito. La frase que escapa, el vocablo que pudiera declarársele rebelde, la palabra que huye y que no encuentra a mano, pudiera comprometerle y deslucirle. La cuartilla se lo da todo hecho, tal vez, y en no pocos casos, a cuenta de algún caritativo Cirineo o Mentor invisibles. Diríase que todo cuanto vierte en ellas es inspiración propia, y algo que antes ha pasado por sus mientes; y se le antoja que, con la simple lectura, la sinceridad rezuma por todos los poros de su piel y que el calor y la convicción, de lo que tal vez no sienta, salen a torrentes de sus labios, muchas veces sin advertir que el traje prestado con que se viste, la galanura que nunca usó, la corrección de estilo que jamás fué su peculiar distintivo, y la arquitectura sintáxica a que no nos tenía acostumbrados, harto delatan que tales garbanzos no han cocido en su puchero, y que el artificio todo es obra de otro que no él, lo cual no obsta para que reciba complacidísimo, y con la son-

risa en los labios, el fuerte chapuzón de parabienes que sobre él cae, bien que aparentando declinarlos con afectada modestia y añadiendo a la escasa o nula agilidad del propio pensamiento, la arteria, el eterno *truco* que permiten el *succése d'estime*, como algunos galiparlan.



Es, por punto general, la cuartilla fría y desalentada, propia tan sólo del libro en sus variadas especies, de la crónica, del trabajo histórico de más o menos empeño, por su indiscutible calidad de objetiva, cuando bien entonada y cuando escrita con vibración y gallardía.

La subjetividad, el jugo pasional, la escala infinita de los sentimientos y voliciones, el ánfora del corazón humano, repleto de los más varios y delicados sentimientos, la intensidad entera de nuestra alma, no pueden volcarse sobre los demás si no con la palabra, con el lenguaje hablado.

A todos se alcanza que es la representación escénica el tornavoz de la vida, la reproducción veraz que la copia, aunque no fotográficamente, sino embellecida y realzada por el Arte.

La aflicción del desventurado que gime; el coloquio de amor; la tempestad rugiente de celos; la tertulia que murmura o en que chispean la agudeza, la sátira o el dicho donairoso; la escena regocijada e hilarante; la más truculenta, en que zigzaguea el fulgor siniestro de la tragedia; la altivez indomable del alcalde calderoniano, eterno, como eterna será la gloria de la prodigiosa pluma que lo trazó, ¿los vísteis nunca ni los concibe la mente, cuartilla en ristre y papel en mano, para expresar sus cuitas, decirse ternezas, borbotar amenazas o maldiciones, menudear reticencias punzantes, traer a los labios franca y desatada risa, poner en tensión los nervios, o mantener el más decidido y arrogante *vis a vis* entre la voluntad soberana que ordena y la fiereza temeraria que se resiste?

Sería curioso, y en verdad sorprendente, ver trocarse el efecto mágico del arte en prolongado bostezo, y la emoción más intensa en insoportable cansancio, y la evocadora atracción de la trama en sopor profundo, y el vacío y el ridículo más espantosos en un ambiente caldeado en que al aplauso sucede el vítor, y a éste el más rotundo éxito y la aclamación delirante.

Preciso es reconocer el abismo que media entre el monigote de simple escayola y la carne que palpita y se estremece; entre el orador a quien se denuesta y el simple *cuartillero*, su parodia más triste.

❂ ❂ ❂

Un ingenio del día, más o menos chirle, cochura de la reciente hornada, y a quien viene que ni de encargo aquello de «mi hijo Benitillo, antes maestro que discipulillo»—cuartillero él—, arremete nada menos que contra el propio autor de *La vida es sueño*, cuyo eterno nombre llena todo el siglo de oro de la dramática española, llamándole *el poeta de la tiranía*. Llegar a tanto, osando profanar el santo templo de nuestras más férvidas devociones, es como ultrajar y escarnecer a la Patria, ofendiendo hasta a la propia madre que nos meció en sus brazos con el regalo de sus más inefables caricias; es como llegar, para mermarlo, al rico e intangible tesoro de nuestras reliquias artísticas más venerandas.

¡Y cuando hasta la potente e industriosa Inglaterra, y la no menos fuerte y viril Alemania, que, cual nuevo Fénix, renace de sus cenizas y se repone de pasados recientes descalabros, merced al gigante esfuerzo de su voluntad suprema y soberana, nos rinden pleitesía en la memoria de nuestros clásicos, tributándoles el homenaje de la más entusiasta admiración con la representación de sus obras inmortales! Un español, acaso mal avenido consigo propio, había de echar sobre sí el estigma de tamaño sacrilegio. El inspirado

poeta y brillante escritor D. Fernando de los Ríos y Guzmán, en un briosísimo artículo inserto en «El Noticiero Sevillano», no ha mucho, consiguió desarmar las baterías puestas contra el buen sentido y la sanción unánime de la crítica imparcial y desapasionada. Mas, por lo que a nuestro tema toca, ¡quién habrá que ponga dique a la vanidad endiosada, ni abata los fueros del tonto mayestático! ¡Medrados estaríamos si la gloria de un Castelar, o la del austero Pi, o la del ilustre Marqués de Valdegamas, o la de Pidal y Mon, hubieran de medirse con las mezquindades del sectarismo, o pendieran del primer *andarríos* cuyo comentario sería muy comparable al del zurrido del moscardón, que podrá, cuando mucho, desagradar, pero que, por lo inconsciente, no llega a ofender!...

Diríamos mejor, *a contrario sensu*, y pues que el decir no empece el hacer, ¡más discursos, más discurrir en alto, pero discurrir, al fin; y más vibrar del pensamiento; y más fuerte latido de la voluntad; y más exaltación del espíritu; y más intensificación aún de vida, si se quiere tonificar el ánimo deprimido, cosas todas tan necesarias para las bajas presiones que se padecen, como los propios glóbulos rojos de la sangre, savia y sostén del organismo físico! ¡Arriba los corazones!

⁂

Simple cuestión de gustos o, tal vez, extravagancias de carácter. En lo que a mí toca, a los herméticos preferí siempre los comunicativos, y, entre *los verbalistas* y *los pedescritores*, opto por los primeros, que infieren ofensa menos grave, en la mayor parte de los casos, a la sindéresis y aun a la misma gramática...

⁂

¡Honda e inextricable la psicología humana, bien que muchos de sus fenómenos acaso se expliquen por un efecto de óptica ilusoria! Ocurre con los hombres lo contrario de lo que sucede con el resto de las imágenes que impresionan nuestra retina. Los objetos todos al alcance de la visión, se esfuman al punto de casi desaparecer, perdidos en la lejanía; aquéllos, por el contrario, parecen más reducidos y de más limitadas proporciones y hasta defectuosos, mientras más de cerca se les contempla; y así dijo una gran verdad el que aseguró que «no hay hombre grande para su ayuda de cámara». Díganlo, si no, Sardou, el coloso de la escena francesa, a quien se permitía tener por un mero derrochador del tiempo su ama de llaves y racionera; y algunas de las mayores celebridades del mundo que, al ofrecer a sus familiares las primicias de muchas de sus producciones, obtuvieran, con ocasión de su lectura y por todo aplauso, una mueca de desaprobación o un fruncimiento de ceño, demostrativos de habérselas con gentes banales o de poca enjundia; y el roce frecuente y la diaria convivencia justifican la verdad del dicho, igualmente sentencioso, de que «ninguno en su tierra es profeta».

⁂

Valor a prueba, espíritu gallardo, fantasía exquisita, mente esclarecida, cultura enciclopédica, dotes excepcionales, en fin, necesítanse para pisar bizarramente el terreno candente de la tribuna, desafiando el peligro del palenque público, a donde asoma una multitud tan reacia en el aplauso como dispuesta a la rechifla, por lo que arrostrar tamañas dificultades supone arrestos y bríos nada comunes.

Refiérese de uno de los más firmes prestigios del Foro sevillano, al tiempo que gala y decoro de nuestro profesorado universitario, que cada vez que subía a estrados, y aun al entrar diariamente en cátedra, sentíase apremiado por el deseo de evacuar la menor de sus necesidades, la *meadilla*

del miedo, como él propio la llamaba con su decir gracejante y donoso. ¡Miedo el maestro, que a su dicción limpia, fácil y segura, y a su larga y brillante práctica, añadía lo copioso de la doctrina, la claridad del método y la irrebatible lógica, admiración de muchos y desesperación del adversario!

Y, con efecto: puestos de pie y cara a la multitud hetereogénea y muchas veces abigarrada, las piernas flaquean; la lengua se ase fuertemente a la bóveda del paladar; la deglución se imposibilita o, al menos, se hace difícil; el aflujo del torrente circulatorio golpea el bulbo; truécase, al parecer, la luz en tinieblas; la tierra parece como que escapa de los pies, poniéndonos en vilo, y hasta antójase al que es víctima de esta angustiosíma premia que le falta la base de sustentación. Es el desequilibrio momentáneo, la dispersión de nervios, la emoción oratoria, el orgasmo; es, en suma, el nublado precursor de la cárdena e imponente llamarada y del ensordecedor rugido de la tormenta. ¡Feliz el que logra salir de apreturas tales, superando las dificultades y congojas de tan magna empresa! ¡Mil veces venturoso el que, a cuenta del esfuerzo de su espíritu, de una imaginación ardorosa, de un entendimiento de privilegio y de una palabra dócil al pensamiento, oye cerca de sí el aplauso ululante, la aclamación frenética, el entusiasta tributo de una muchedumbre enardecida, o, como si dijéramos, el trueno de la propia consagración, porque eso y más es la oratoria; arte por excelencia, síntesis de todas las artes, que culmina en las excelsitudes del pensamiento y que cautiva con su belleza, enardece con su fuego, fascina con la esplendidez vistosa de sus galas, seduce con la brillantez y gusto de las imágenes, y arrebata con los estremecimientos y sacudidas de una inspiración siempre soberana y dominadora, reflejo vivo de la luz eterna e inmortal.

La empresa es ciertamente de titanes; y en ese *corps a corps* del lidiador con la fiera, a los que presenciamos el imponente espectáculo, tan ávidos de escenas sangrientas como pusilánimes, no nos está asignado más que un lugar en la gradería, surgiendo cuando mucho *un espontáneo*, un

mero *aficionado,* como se dice en el *argot* de la torería, que, lanzándose a la arena, suele caer bajo la garra del ridículo, pagando casi siempre caro el atrevimiento.

❖ ❖ ❖

Cohibir el pensamiento y atajar la palabra que lo difunde y propaga, constituiría el más necio e inútil de los empeños.

Dejad que la imaginación se eleve en vuelo seguro y rápido, y que el verbo fluya fácil, ardoroso, matizado con los cambiantes del iris, hasta desgranarse en lluvia de joyante y deslumbradora pedrería, no de otro modo que el surtidor borbota del migajón más hondo de la tierra, libre muchas veces de ingenios y artificios, sin que hagamos nada por detener la una ni cortapisar el otro, porque ocurriría lo propio que si tratáramos de cegar el manantial claro y copioso, que al punto buscaría otra salida, serpeando de nuevo por entre guijos y arenas, para desmayar su linfa en la sedienta vega, cuyas combustas entrañas refresca, fecundándolas, ¡que todo ello resultaría tan despropositado y fuera de razón, como lo sería detener el curso de los ríos, embalsar los mares, o poner tapijos al aire que alimenta nuestros pulmones, dando compás y ritmo a la función fisiológica!

Los que execran de la *mala oratoria* y de los *malos oradores*, recaban para sí el triste privilegio de haber encontrado una lógica especial para sus particulares usos; y yo confieso ingenuamente que no lo entiendo. Acaso lo entiendan ellos menos que yo, porque ni ellos, ni yo, ni nadie, tropezó jamás con esos entes imaginarios; y porque, por los fueros inacallables de la razón, el orador no puede serlo y dejar de serlo, simultáneamente. No hay cosa alguna que a un tiempo mismo pueda ser y no ser; y el orador es lo que es; y porque lo es no podrá nunca resultar ni aparecer cosa distinta, porque ni categorías medias, ni niveles inferiores, admite la realeza del entendimiento, y no se concibe que una

cualidad o atributo se posea, y a la vez se carezca de ella o de él. Lo sumo. el orador podrá ser *bueno* y *más bueno*, o *mejor;* pero nunca *malo*. Podrá antojarse a sus oyentes más o menos agradable, más o menos atrayente, por el fuego con que contare en grado mayor o menor; por el gesto, por las actitudes, por las sintaxis más o menos cuidadosa, o porque cupiere poner tilde a la dignidad de su semblante o porte; pero tengamos por seguro que si, a los medios limpios y expeditos de expresión, añade la documentación bastante, la doctrina copiosa, la claridad expositiva y el calor y fuego necesarios, siempre predominarán su condición de tal y el arte de buena ley, como quilates tiene el oro aun cuando fuere más pálido o subido de color, no cabiendo en los límites de la comprensión humana que puedan ser nunca belleza la fealdad monstruosa, virtud el vicio, o rientes claridades de sol la negrura densa de la noche.



Y no es, señores y amigos, que por los superhombres meramente supositicios; por estos candidatos a la inmortalidad se diga, con más inquina que justicia, que en tal solemnidad o cual banquete se prescindió *en buen hora de lirismos vacuos*, ya por no restarle tono o amenguar su importancia, ya por no perturbar la digestión de algún delicado comensal. No es, no que por esos tan sutiles espíritus, repletos de sabiduría, macizos de ciencia, se afirmen tales cosas, haciéndose comentarios por escrito al rededor del tema, sin que salte rota en mil pedazos antes de hacerlo la pluma que vierte sobre el papel tamañas y tan inconscientes enormidades, que al cabo, hay aplausos que no pueden codiciarse, y diatribas y ataques que equivalen a la defensa mas elogiosa y cumplida, siquiera no fuere más que por aquello de «si el sabio censura, malo; si el necio aplau-

de, peor»; y por que puestos a dar en todo caso mucha mayor importancia de la que merece la superioridad fingida de esos espíritus que alardean de sagaces, de los que acaso se descomiden consigo mismos al tratar de deprimir a los demás, cabría calificarlo todo de habilidades, de *trucos*, de marrullerías escuderiles de los infinitos Sanchos que en el mundo han sido—incontables como las arenas de la playa—al socaire siempre de toda empresa noble y comprometida y a la pesca de negocios útiles y migajosos.

Es algo más. Es, para decirlo de una vez y si me lo permitís, la crisis del desmayo que todos padecemos y que nos deprime; es el horror al vacío; es el miedo a enfrentarnos con ajenos y positivos valores que ofuscan y que molestan, quizá por que nos advierten de la pequeñez e insignificancia propias. Es la refracción insuperable del ánimo a abordar todo aquello que contenga dentro de sí unos adarmes tan siquiera de noble y bizarro romanticismo. Es, o son, el matiz, los perfiles que acusan y destacan con vigoroso relieve un carácter, un tipo castiza y netamente españoles, por que es indudable que el español ironiza lo propio que ama—si es que Sancho amó en su vida algo que no fuera el soñado gobierno de su ínsula—afectando en público que desdeña aquello mismo por que se perece y que desata sus comezones y apetencias desde lo más íntimo del fuero interno.

Tal lo enfocaron en la lente de su perspicaz observación y de su sutil y primorosa pluma el exigimio Pereda en no pocos episodios de «La Montalvez» y la no menos ilustre Condesa de Pardo Bazán en su interesante libro «Un viaje de novios»; y, aunque de forja más modesta, pero tan real y humana, el Morejón de «Uno de tantos», al trocar la melena hirsuta y crespa de la fiera por el vellón rizado del corderillo manso, cayendo como pieza borreguil en las redes de la marisabidilla a quien tantas veces ironizó con sus punzantes versos y a la cual termina por unirse en santo e indisoluble vínculo. ¡Ni más ni menos que concluirán haciendo el mejor día los flageladores incansables de la ora-

toria, que acaso junten las manos aplaudiendo hasta rabiar dominados y rendidos por el encanto irresistible de algún discurso con que no contaron y que les dejó maravillados y absortos! ¡De menos nos hizo Dios!



Es la elocuencia facultad del alma, en tanto que la oratoria es ejercicio reglado, arte y arte exquisito, depurado. La primera es calor, sinceridad, fuego, vehemencia. Es la segunda espiritualidad, delicadeza, refinado gusto, elegancia suprema, soberana distinción, aticismo, como ático fué el aliento, el primer vagido que extremeció la cuna inmortal del Genio. La elocuencia se da en las jornadas todas de la vida, en la gama riquísima de los humanos afectos, siendo a veces hasta el silencio elocuente en términos abrumadores, Aun en el propio analfabeto, que en el mercado o en la vía pública, vocea su mercancía encareciendo con la estridencia de sus pregones la bondad del género que ofrece, pueden y suelen darse la sinceridad y el fuego a que antes aludía. La elocuencia es la intensidad pasional, el acúmulo de fluido, la descarga eléctrica, por así decirlo. La oratoria es la aguja imantada, el cable transmisor que la domeña y aconducta, venciendo su condición insumisa. La oratoria es arte y, siéndolo, es a menudo poesía, y es hasta la poesía misma. Arte, como hemos dicho, por excelencia; resúmen de todas las artes, compendio de todos los concimientos y de las más varias y aún opuestas disciplinas. ¡Oratoria, Arte, Poesia! Ramas de un mismo tronco, hermanas gemelas en la gracia y en la donosura, cumbres en que culmina el espíritu, funciones las más altas del pensamiento, galas regias las más esplendorosas, el armiño y la púrpura que se ciñe, la más excelsa e indiscutida de las magestades terrenas, Una y Trina.

Ya lo dije en ocasión sucedánea a esta presente, bien que con el encojimiento y miedo con que me es dado decir

de estas cosas. temeroso siempre de meter la hoz en ajenas mieses. Considerar la oratoria, hablar de ella, es hablar del artista y es considerar al poeta, uno y otro sublimados por el mismo divino aliento, palpitando encendidos por igual soberana inspiración.

Sólo hablando al corazón con el lenguaje del sentimiento; cultivando y ennobleciendo la inteligencia; arrastrando con las arrebatadoras seducciones del arte y de la palabra, y educando en el arte por el arte mismo, es como únicamente conseguiríamos elevar nuestra alma al supremo y eterno Arquetipo. El orador que lo és, y tanto más si fuere genial, como logran serlo muy pocos, contadísimos, por la sola virtud de serlo, es artista de incomparables vuelos y es poeta egregio y gallardísimo, por que en su complexión recia y en su bien equilibrado espíritu se dan la conjunción peefecta de la inteligencia, el corazón y el verbo; y por que el que alcanza el rango elevadísimo de verdadero y consumado artista de la palabra, es poeta, indudablemente meritísimo.

El coruscante y veterano periodista, escritor que supo recojer en los puntos de su donairosa pluma las sales y el ingenio de esta hermosa Andalucía, hoy defección dolorosísima para las letras, que habrán de llorarle mucho tiempo; el autor de «Maldiciones Gitanas» y de «Piropos Andaluces», que a sus muchos méritos pudo añadir el de guía cariñoso y alentador entusiasta de nuestros paisanos, los insignes comediógrafos Alvarez Quintero, allá por los lejanos tiempos en que hicieran sus primeras armas desde las columnas de la revista literaria «Perecito», con autoridad infinitamente superior a la bien escasa mía, afirma que «los poetas son en el firmamento de la humanidad los astros rutilantes que iluminan a los pueblos en su azarosa marcha por los intrincados camiuos del progreso. marcando con los candentes rayos de sus inspiradas estrofas los distintos grados de civilización; y como ángeles tutelares, vates, adivinos, verdaderas Estrellas de Oriente, se adelanton a su tiempo, preparando cada cual un más risueño y perfecto porvenir».

Y, así es, con efecto. El poeta es un ser privilegiado, un espiritu superior, un verdadero vidente, que castellano en el alto adarbe de su inspiración, otea y descubre lejanías inmensas, grandes perspectivas, para hacer algo más que sentir y expresar en forma atrayente por su indiscutible belleza. El poeta crea: es como el genio de su pueblo, como el verbo de su tiempo; penetra la vaguedad de lo aún no delineado ni conocido, y la abstracción de su pensar, su propio subjetivismo, lo intenso y hondo de su sentir le colocan muchos codos por encima de los que le rodean, exaltándose a sí propio en un felicísimo alumbramiento.



¡El Arte! Imposible definirlo, como no se definen los sentimientos innatos en el hombre, como no se definen los conceptos absolutos, como no se definen en toda su plenitud e intensidad la religión, la moral, la patria idolatrada de nuestras almas, como no se hace presente el Infinito e Eterno ser, inmutable y anterior y superior a las contingencias de nuestro vivir efimero, si no es por reflexiones y argumentos negativos, con la pleitesía del fervor y de la fe y ofrendándole el alma entera y las energías todas de nuestro ser, rodilla en tierra, ante su poder sin límites, y escalofriado el espíritu por las incontables maravillas de su creación portentosa. «Qui est misit me ad vos» Por que el arte es tan grande y tan perdurable como la región altísima de donde desciende, y como la luz inmortal en que baña sus admirables producciones.

Si es cierto que mientras haya un blando seno que palpite, y unos labios que vibren amorosos arrullos, y un debil rayo de la argentada luna, vivirán las rimas del poeta, cantando anhelos y suspirando deseos, no lo es menos que en tanto luzca en la inmensidad azulina un sol rutilante, y existan noches de seductoras fosforescencias. y la superficie líquida que se pierde en las lejanías brumosas del horizonte

siga copiando en el temblor de su riente calma las luminosas irisaciones del cielo para reproducir en sus cristales la escarlata de la alborada o el carmín y púrpura del ocaso; mientras que los ojos contemplen extáticos y arrobados una escultura clásica o un prodigioso lienzo, y el hombre mire hacia arriba demandando la satisfacción de sus vivas e insaciables ansias en su afán de un más allá; y harto de las lobregueces de la tierra no deje de convertir la mirada a más altos luminares para escrutar nuevos mundos, descubriendo más amplios horizontes, habrá Arte, por que el Arte es poesía, es la esencialidad, y como destello del Dios mismo; lo eterno, la intangible, la vida en su expresión más alta y extensa; y como el Arte es espíritu inmortal, luz increada, manantial de inagotable belleza, cifra y resúmen de todas las maravillas, el artista, como el poeta, como el orabor, serán el hombre universal, el hombre a su manera eterno, el de todas las edades y el de todas las civilizaciones, que uniendo a los demás con el nexo de sus explendorosas creaciones junta todas las razas, confunde todas las especies, perpetúa las más gloriosas fechas, fija los recuerdos, que habrán de ser eternos, evoca los más culminantes hechos, consiguiendo escapar al general naufragio. Tan sólo la Grecia del Arte consiguió dominar sobrepujándolas, las civilizaciones todas de la antiguedad; y si San Pablo pudo formular con denodada valentía el «cives romanum suum», el gran Sófocles, quizá lo supera al exclamar cuando se vió acusado ante sus jueces: «Si soy Sófocles, no puedo delirar; si deliro es que no soy Sófocles», siendo indudable que aùn en sus ruinas, el gran pueblo del arte consigue ser la admiración del mundo, el pasmo de las gentes, maravilla de las maravillas, que pudo señorearse de la antiguedad, teniendo como tributario al mundo, y cuya luz lejos de extinguirse brilla con más intensidad a través de la Historia, agrandada por el fallo inapelable de la posteridad, rendida y admirada ante la avasalladora fuerza de tanta grandeza; y si convertimos la mirada a los actuales momentos, aún puede el alma confortarse, saturada de grandeza épica ¡quien lo diría! por que mientras haya un puñado de valien-

tes que con temerario empeño y con soberano desprecio de sus vidas, tripule frágil y aérea embarcación, surcando los espacios a par del trueno y de la furia desatada de los elementos, sin más pavés que el abismo aterrador e imponente, llevando como heraldos el huracán deshecho y el rugiente estampido de la tormenta, para trazar en las altuaas del vértigo la más gloriosa página de la historia contemporánea, perdurarán el Arte y la oratoria, por que habrá imaginación creadora y potente que sepa reflejar para grabarlos eternamente, los ojos arrasados en lágrimas de exaltación fervorosa, y el isócrono ritmo de los corazones latiendo en dudas atormentadoras y en interrogaciones supremas, jadeante luego de admiración ante el triunfo del más audaz y temerario empeño, como antorcha que alumbre las victorias del divino Progreso, y palabra relampagueante que detonando desde las cumbres más altas de la elocuencia, sea como tañido de gloria entonado al gigante y soberano esfuerzo de nuestros insuperables aeronautas.



En la sociedad actual, el orador juega papel tan importante y tan airosocomo siempre, y acaso más que nunca; y la vida moderna en la complejidad de sus relaciones y aspectos infinitos, lejos de desplazarlo, lo confirma en su puesto de honor indiscutible, requiriendo a menudo su cooperación y auxilio con más ahincada solicitud y con apremios más insistentes que en ningún otro tiempo.

Las mayores solemnidades artísticas y literarias; las asociaciones culturales; los numerosos congresos de toda especie, que acusan con matices muy acentuados una intensa efusividad y un amplísimo intercambio de valores efectivos; las conferencias de vulgarización con que nuestros más importantes centros docentes parecen quebrantar la

rigidez de los cursos académicos en bien del mayor núme ro; las típicas y originalísimas charlas ateneistas; las fiestas de la raza que han hecho vibrar en todos los lugares las cuerdas más delicadas de la sentimentalidad coleetiva, y en las cuales brillaron lás más altas mentalidades; las de la flor, verdadero desbordamiento de caridad, en donde grandes y pequeños, poderosos y humildes rivalizaron en aportación y esfuerzo contra el terrible ejército parasitario que traidora y alevemente mina la existencia de tantos y tan desventurados seres; la del libro en que pusimos y habremos de seguir poniendo los más fervientes entusiasmos; la de la madre, sugestiva y evocadora más que ninguna otra; la del maestro, aliento y guía del hombre del mañana; la ofrendada a la vejez, compendio de las más férvidas dedicaciones en nuestro país y más señaladamente en la vecina

(*Continuará.*)

De tiempos del Rey Chispero

UN PROCESO CÉLEBRE

I

Desbocado parecía el caballo, y loco el jinete que lo montaba, a cuantos lo vieron galopar camino de Toledo. Obedeciendo a un fuerte tirón de las bridas, paróse el caballo en la puerta de un mesón a la entrada de la ciudad, donde se apeó el caballero. Llevó él mismo la bestia a la cuadra, encargando fuese bien cuidada, pagó, anticipadamente, los gastos, y sin sacudirse el polvo, salió el jinete de la posada e internóse en el laberinto de las calles toledanas, deteniéndose en el portal de una casa, de aspecto decoroso, a cuya puerta llamó, impaciente, repetidas veces con el aldabón.

—¿Quién es?—respondió una voz desde dentro.

— Abran pronto—contestó el caminante con la misma impaciencia.

Abrióse el portón y apareció un sirviente, a quien el recién llegado preguntó en el acto:

—¿Está en casa el señor Arcediano?

—Acaba de volver de la Catedral.

—Necesito verlo, inmediatamente.

Retiróse el criado y volvió a poco, invitando al visitante a que entrase y lo siguiera. Subieron una escalera y pasaron a una habitación, amueblada con algún lujo y no mal gusto, donde, sentado en un sillón, se encontraba el Arcediano de Alcaraz, Canónigo Dignidad de la Catedral Primada, vistiendo sotana de correcto corte y cubierto el occipucio con solideo de seda. Tendría, a la

sazón, el prebendado sesenta años, y era de regular estatura, metido en carnes, aunque sin obesidad; el pelo canoso y la cara entrelarga siempre sonriente. Su mirada era penetrante, y sus ademanes revelaban al hombre de mundo.

El recién llegado tomó asiento obedeciendo a una indicación del Canónigo, y preguntó a éste con ansia:

—¿Es usted don Juan Escoiquiz?

—Yo soy—contestó el preguntado.

El visitante no se da por satisfecho. Aunque sabe que está en la casa del Arcediano, pudiera encontrarse en presencia de otro sacerdote, de algún farsante quizás, y como la misiva debe tener extraordinario interés, le dice al eclesiástico, para cerciorarse, que le recite, en el acto, el poema de Escoiquiz «México Conquistada». No debió ser lerdo quien concibió tan seguro medio para identificar la persona del clérigo, ya que, otro que no fuese su autor, era imposible que hubiese podido ingerir y aprender de memoria las rimbombantes estrofas del detestable poema.

Halagado, sin embargo, el sacerdote con la extraña manera de comprobar su identidad, y ansioso de saber el objeto de la visita, empezó a declamar, en voz baja y con delectación de padre vanidoso, la primera estrofa de la composición, mientras el visitante repasaba con la vista un ejemplar del poema, que traía preparado. Ni cinco versos habría recitado el Canónigo, cuando el recién llegado sacó un sobre cerrado y lo entregó al eclesiástico, diciéndole:

—El marqués de Ayerbe me ha dado esta carta para usted.

Rasga el sobre su destinatario. Dentro venía otra envoltura cerrada, que también rasga, y saca una hoja de papel. Busca en éste la firma, de que carece, pero ve, al mismo tiempo, que, la letra, aunque escrita con intención de no ser conocida, es, sin duda alguna, la del Príncipe de Asturias. A medida que para sí lee la breve misiva, palidece el semblante del Canónigo. La carta decía así:

«Amigo Escoiquiz: Ocurre la novedad de que mis padres se han apoderado de todos mis papeles, entre ellos de las claves y cifras, de las representaciones para ambos contra el Príncipe de la Paz y de la respuesta de usted a mi aviso del recado del individuo de la Legación francesa, lo que prevengo a usted para que se precava. Dígame usted también qué debo hacer. San Lorenzo, 28 de Octubre.»

Entra el Canónigo en otra habitación y escribe algunas líneas que guarda en un sobre dirigido a Su Alteza, envolviéndolo en un pliego cerrado en cuya parte exterior pone el nombre del marqués de Ayerbe, y se lo entrega al mensajero, despidiéndolo con urgencia.

Algún tiempo después, en la puerta del prebendado se para un

coche, del que se apean el Consejero de Castilla don Sebastián de Torres y el Vicario de la Diócesis, sometiendo ambos a Escoiquiz a un largo interrogatorio; y terminado éste, lo detiene el Consejero y le invita a que monte en su mismo coche, donde caminan hasta el Alcázar de Segovia. Allí, que ambos consideraban el término del viaje, se había recibido una orden, mandando que el preso fuese al Escorial, donde, al fin, llega el Arcediano con el cuerpo molido por el traqueteo y el espíritu lleno de inquietudes. No era para menos el caso, pues en el proceso, que ya había comenzado, el Fiscal Soler pedía para el eclesiástico la pena de muerte como reo del delito de traición y lesa Majestad.

MOTIVOS Y FINAL DE LA CAUSA

La célebre conspiración del Escorial, que, según algunos, tenía por finalidad destronar a Carlos IV y quizás asesinarlo, la maniobra que, las gentes que no se han tomado el trabajo de estudiar los datos que de ella existen, juzgan como una de las mayores ignominias del entonces Príncipe de Asturias, poco después Fernando VII, fué mucho menos que todo eso, reduciéndose sus tenebrosidades perversas a una hábil intriga de Escoiquiz para inutilizar a Godoy.

II

Todo el mundo sabe el medio en que vivía el Príncipe de Asturias, la animosidad contra éste de Godoy porque se resistía a su influencia y el descontento de España entera por el encumbramiento y gobierno del favorito. Se trataba de casar a Fernando, ya entonces viudo, y la Reina, por instigación del de la Paz, intentaba que contrajese matrimonio con doña Luisa de Borbón, tía del candidato a su mano y cuñada del valido. Era otro medio de afianzar el poder futuro de éste. Por otra parte, Escoiquiz, antiguo preceptor del de Asturias, procuró, después de separado de ese cargo, mantenerse en comunicación secreta con su discípulo, usando claves y empleando nombres supuestos, previamente convenidos, al designar a determinadas personas. Con ello trataba el clérigo de emancipar a Fernando de la indudable servidumbre en que vivía y quizás también buscaba el medio de apoderarse de la voluntad del futuro Rey, aunque él afirma que sólo desea vivir tranquilo en una dorada medianía.

Así las cosas, Fernando escribió al Canónigo que su madre habíale propuesto el casamiento con «doña Juliana», a cuya carta respondió Escoiquiz que aceptase sin vacilar, como en efecto aceptó Fernando, aunque lleno de extrañeza y confusión. En los nombres supuestos convenidos entre ellos, «doña Juliana» era la Princesa de Baviera y «doña Tadea» la cuñada de Godoy. Por eso el Arcediano congratulóse del giro que iban tomando los asuntos y aconsejó la boda, sin contar con que Fernando se había hecho un lio con todo aquel embrollo de nombres supuestos y creyó que «doña Juliana» era, precisamente, la cuñada del favorito.

Cuando Escoiquiz descubrió el error de su discípulo, apresuróse a comunicarle que se desdijese, pero el Príncipe careció de valor para ello. Entonces el Canónigo, que, no obstante sus desaciertos políticos y pedantería literaria, era astuto e inteligente, concibió la idea, como lo más adecuado para desbaratar el enlace proyectado por los Reyes, de hacer solicitar como novia de Fernando a cualquiera Princesa de la familia de Napoleón. Aquí viene lo del cabalgar del Arcediano, a media noche, a revienta caballo, entre Toledo y Madrid; lo de las citas extravagantes con el Emba-

jador francés, en el Retiro, a las dos de la tarde, en los días calurosos de Julio, pasando, antes, ocultando el rostro, bajo las ventanas de Pepita Tudó, la amiga de Godoy; lo del sonarse las narices el Príncipe de Asturias, en determinada ocasión, delante de Ministros y Embajadores como seña excogitada por el Sacerdote y convenida con el representante de Francia para demostrar su conformidad a los planes del Canónigo; y lo de la carta imprudente exigida a Fernando y enviada al César francés para dar autenticidad a todos esos manejos casamenteros...

Había otro cargo de más aparente gravedad. Llegó a saber Escoiquiz que Godoy parecía maniobrar para quedarse bonitamente con la Corona, si el Rey expiraba, o, por lo menos, para inventar una regencia que lo mantuviese en el poder. Lo delicado de la salud del Monarca, en aquel tiempo, hacía temer un fin próximo a su vida. El travieso clérigo dióse a cavilar y buscó un remedio para ganarle por la mano a Godoy, si el Rey moría. Redactó un Decreto, con la fecha en blanco, dando por supuesta la muerte del Rey, en el que se nombraba por Fernando al Duque del Infantado Capitán General de Madrid, invistiéndolo de plenos poderes para, una vez muerto el Monarca, tomar el mando de las tropas y adueñarse del poder sin dar tiempo a nada al Príncipe de la Paz. Tal Decreto, escrito de puño y letra de Fernando, lo guardaba Infantado con el propósito de usarlo cuando el caso llegase.

Tramitado el proceso por haberse descubierto todo, no se sabe cómo—probablemente por algo que averiguó en París Izquierdo, el agente de Godoy—y nombrado un Tribunal numeroso, la prueba favoreció al Canónigo, ya que, con respecto al punto más oscuro y que presentaba cierta apariencia de intento de destronamiento, encontráronse claros indicios de que, los parciales de Godoy, laboraban para despojar a Fernando, figurando la interesante declaración de don Joaquín de Jáuregui, Coronel de Dragones de Pavía, en la que manifestaba que don Diego Godoy, hermano del valido, indicóle que, puesto que era probable la muerte del Rey, quería saber si contaba con la fuerza de su mando para evitar que el Príncipe heredero se sentase en el trono. Así se justificaba la previsión del clérigo al redactar el Decreto cuyo contenido, por otra parte, nada demostraba de intención contra el Monarca.

El Tribunal, en fin, a pesar de estar nombrado por el Gobierno del de la Paz, tuvo que absolver a todos los encartados, bien que luego, por providencia gubernativa, el Rey confinó a Escoiquiz

en el Monasterio de Tardón y desterró a Infantado a Ecija, donde, respectivamente, permanecieron uno y otro hasta que, transcurridos pocos meses, el motín de Aranjuez acabó, para siempre, con el poder del favorito.

El destino del Arcediano

Don Juan Escoiquiz—a quien la Reina María Luisa, en sus humillantes cartas al Gran Duque de Berg, llama el «malvado clérigo»—parecía predestinado a la intriga y el enredo. Siguió a Francia a Fernando y los Infantes cautivos, pero instalándose, no con ellos, sino en París. Allí traba relaciones con el famoso Telleyrand, Ministro de Napoleón, y conspira con los embajadores de Rusia y Austria en favor de su Rey, dando lugar con sus trapisondas a que el Gobierno de Bonaparte lo confinase en Bourges; y cuando creyó llegado el momento, con la restauración borbónica, de cobrar el pago de sus servicios, cuando probablemente creíase ya en posesión del Capelo y del Mando supremo de España, encontróse con que, aquel joven pacato de otros tiempos que ni siquiera escribía una carta sin consultarle, aquel Fernando VII que los españoles aclamaban con delirante entusiasmo, había soltado las andaderas y quería manejarse por sí solo, sin consentir intromisiones de ningún género en el Gobierno de la Nación. Escoiquiz quizás no se aquietase a esa determinación del Rey pues éste, a pesar de haberlo nombrado Consejero de Estado, lo envía a Murcia con mucho miramiento. Vuelve a Madrid y a poco sin saberse por qué es confinado en Ronda, muy lleno de cruces, honores, tratamientos y veneras, y desde allí continúa en cariñosa correspondencia con Fernando VII.

En Ronda vivió hasta su muerte acaecida a los setenta y tres años de edad, consolándose, en el destierro, con los agasajos que le prodigaban los Caballeros de aquella histórica Maestranza y entreteniendo sus ocios en redactar sus Memorias de las que es lástima que sólo una pequeña parte haya llegado hasta nosotros, quedando ignorados los pormenores de sus escarceos en Francia durante los seis años del cautiverio y los motivos que tuviese después el Rey para apartarlo, definitivamente, de la Corte.

De tiempos del Rey Chispero

PRÁCTICAS CONSTITUCIONALES

Una turba gritadora e insolente llega a la Puerta del Sol. No es muy numerosa; unos ciento cincuenta hombres, reclutados entre los más bajos fondos sociales; los mismos ciento cincuenta hombres que vociferan en todos los alborotos de la época, los que cantan el «trágala» o insultan al Rey y aun le tiran algún peñascazo si hay ocasión para ello. Sus gritos de ahora se perciben claramente: ¡Viva la Constitución! ¡Muera Vinuesa! ¡Muera Arias!

Lo que motivaba el escándalo, era la sentencia dictada en el proceso seguido contra el presbítero don Matías Vinuesa, a quien el juez don Juan García Arias, había condenado a diez años de presidio, a pesar de la opinión de los exaltados liberales, que pedían para el clérigo la pena de muerte.

Don Matías Vinuesa era un pobre sacerdote de carácter bondadoso y corto de entendimiento, cura párroco, primero de Tamajón y después capellán de honor de Palacio. Se aseguraba haberle sido encontrados unos papeles en los que se trazaba un plan para restituir al Monarca el poder absoluto. El proyecto era tan disparatado, si es que existía, que bien daba a entender la chifladura de su autor. ¡Como que una de las personas que habían de colaborar a su éxito, en Madrid, era nada menos que el Emperador de todas las Rusias!

Mesonero Romano aseguraba haberle oido decir, varios años después, al juez don Juan García Arias, que falló la causa, que,

según su criterio, no era el reo merecedor de los diez años de presidio impuestos por él, bajo la presión del partido exaltado. Ese indigno juez traicionó a su conciencia sin complacer a los liberales avanzados.

Al tenerse noticia del fallo, varias logias de la masonería o de los comuneros, o unas y otras, poder único que entonces mandaba, fuerza irresponsable y clandestina que nombraba los ministerios y ordenaba cuáles habían de ser las decisiones del Congreso, decretaron que aquello no podía quedar así, y movilizando sus esbirros, dieron orden de que se efectuase el tumulto a que nos referimos.

Los gritos aguardentosos de la chusma continuaban cada vez más ensordecedores y coléricos, sin que por ninguna parte apareciese la policía, que con tanta facilidad hubiera podido dispersar a aquella patulea de cobardes. Claro está que nadie cree, quizás ni las mismas logias que acordaron el alboroto, que las cosas puedan pasar a mayores, pues hay sobrados medios para evitarlo; pero lo cierto es que los bramidos de ¡muera Vinuesa! aumentan y aumentan, y que la canalla se dirige hacia la cárcel de la Corona donde se encuentra el preso. ¡Vamos a la cárcel! ¡Vamos a que el pueblo haga justicia! Y allí llegan, sin que nadie les estorbe. En la puerta hay unos soldados de guardia. ¡Arrollad a la guardia!, grita una voz; y la guardia, sin esperar el ataque, se escabulle y deja libre el paso. La manada invade, tumultuosa, la cárcel. Todos gritan. Quién esgrime una navaja, cuál un puñal, otros enormes estacas, algunos, precisamente de los que primero irrumpen en el edificio, sendos martillos que han quitado a unos picapedreros que trabajaban en la calle. El ruido es horrible. Los desalmados, babeantes y asquerosos, rompen puertas, hunden tabiques y llegan, al fin, a una celda, que abren.

En ella está don Matías Vinuesa, temblando, agitadísimo, la cara cadavérica, los ojos extraviados. ¡Piedad!, exclama el pobre clérigo, cayendo de rodillas. ¡Muera, muera! Insisten los bárbaros, al mismo tiempo que se precipitan sobre el sacerdote, a quien los que van delante, asestan tremendos martillazos en la cabeza, rompiéndole el cráneo y salpicando los muros del calabozo con plastones de la masa encefálica. Sobre el cadáver, todavía algunos desfogan sus instintos de hiena, pinchándolo y golpeándolo. Salen luego a la calle, cantando victoria, y los dos o tres que portan martillos, los levantan y ostentan con orgullo, mostrando las manchas de sangre y tal cual piltrafa de los sesos del eclesiástico.

Los asesinos quieren más víctimas y van a la casa del juez García Arias, que pudo escapar por el tejado. Después se dirigen a otra cárcel donde hay detenido otro conocido realista, pero bastó, para ahuyentarlos, que el centinela de la puerta hiciese ademán de disparar contra ellos.

El Rey

Aquella misma tarde, el Regimiento de la guardia recibió orden del Rey de que formase y apareció poco después Fernando VII, vistiendo el uniforme de ese Cuerpo, cosa en él rara, pues no acostumbraba ostentar indumentos militares. Pasó revista al Regimiento y le dirigió una arenga elocuente, exponiendo la situación del momento, concluyendo en estos términos.

—El crimen, no impedido, perpetrado en la persona de don Matías Vinuesa, es el anuncio de otros vejámenes. Hoy ha sido ese desgraciado sacerdote; mañana seréis vosotros o lo seré yo.

No bien hubo acabado Fernando, jefes, oficiales y soldados prorrumpieron en vítores al Rey y mueras a la Constitución.

El marqués de Mendigorria, que era á la sazón alférez de la Guardia, refiere, muchos años después, que aún recordaba las palabras vibrantes del Rey que enardecieron a toda la fuerza.

Todos creyeron que inmediatamente el Rey se iba a poner al frente del Regimiento, y de haber ello ocurrido, aquella misma noche hubiese caido la Constitución. Pero no fué así. El Monarca subió a sus habitaciones y sus consejeros palatinos le indujeron de todo intento revolucionario No parece probable que los que le aconsejasen tuviesen que hacer grandes esfuerzos, ya que, la razón principal que movió al Rey para desistir de su empeño, fué su ingénita cobardía. Sí; Fernando VII, que se preocupaba del bien público y tenía no vulgar talento, carecía de valor, como casi todos los débiles, y la educación encogida que le dieron y el medio en que vivió constantemente, hiciéronlo más receloso y aumentaron la pusilanimidad de su carácter.

¿Cuáles fueron las consecuencias del crimen? ¿Qué se hizo para castigarlo? Nada, si se exceptúa la remoción del capitán general y jefe político de Madrid.

En el Congreso

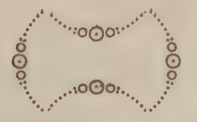
Hubo, al dia siguiente, en el Congreso, al discutirse la contestación al mensaje en que el Rey protestaba del delito, oratoria gemebunda y vacua a caño libre. Toreno y Martínez de la Rosa,

representantes de la conservaduría de aquellas calendas, pronunciaron sendos discursos de frases ampulosas, que destilaban retórica amanerada, lamentándose del descrédito de la Constitución con tales excesos. ¡Y qué indignación y aspavientos la de aquellos patricios al oir el discurso del exaltado Romero Alpuente, que ponía distingos y reparos a la contestación al mensaje! ¡Cuánto se habló y se protestó aquella tarde! ¿Consecuencias prácticas de tanta elocuencia? Las mismas que un siglo después se han seguido de protestas análogas. Ninguna, absolutamente ninguna. Los criminales en libertad, y por añadidura y mayor escarnio, los exaltados partidarios de la Constitución, adoptaron como emblema, para significar su fe política, un pequeño martillo, en recuerdo del arma con que fué asesinado Vinuesa. No hemos encontrado en parte alguna que los autores del crimen cometido en pleno día, fuesen nunca castigados.

La Constitución se instauró para evitar los abusos del poder y los ataques a la libertad, pero esos abusos y esos ataques, venidos unas veces de arriba, como de cualquier tirano, y brotando otras de abajo, con la complicidad o pasividad cobarde de los de arriba, no fueron privativos del absolutismo, sino que existieron también en el período constitucional de ese reinado a que nos referimos. Pero de eso no se habla.

Las constituciones derivadas de la revolución francesa, se afirmaba, iban a curar todos los males del Gobierno, bien que luego, cuando de veras es preciso regir los pueblos, todas las naciones de Europa, sin exceptuar Inglaterra, cuya Constitución tiene otros antecedentes, en una forma o en otra, empleando estas palabras o aquellos principios, recurren a leyes o procedimientos de excepción y prescinden, casi totalmente, de las constituciones. Es decir, que un sistema creado para gobernar, no sirve cuando el Gobierno es más necesario.

MANUEL DIAZ CARO



SECCIÓN DE NOTICIAS

Conferencia del Libro

Ha sido nombrado representante de la Real Academia en la Conferencia nacional del Libro, el Excmo. Sr. don Francisco Rodríguez Marín, Preeminente y Presidente de la Diputación permanente de la R. Academia en Madrid.

Premio Sánchez Bedoya

Ha sido adjudicado el premio *Sánchez Bedoya* a la poesía presentada por D. Alejandro Collantes de Terán. El día 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, según dispuso el fundador del premio, se hizo entrega del mismo al Sr. Collantes.

Elección de Compromisarios

El día 12 de Diciembre en junta extraordinaria y en virtud de la convocatoria del Excmo. Sr. Gobernador civil, la Real Academia nombró compromisario para que concurriera a la elección de Vocales de la Junta municipal del servicio de aguas, al Sr. D. Ramón de Manjarrés y Pérez de Junquitu, Censor de la R. Academia; y Suplente al académico D. Félix Sánchez Blanco.

Nombramiento de Correspondientes

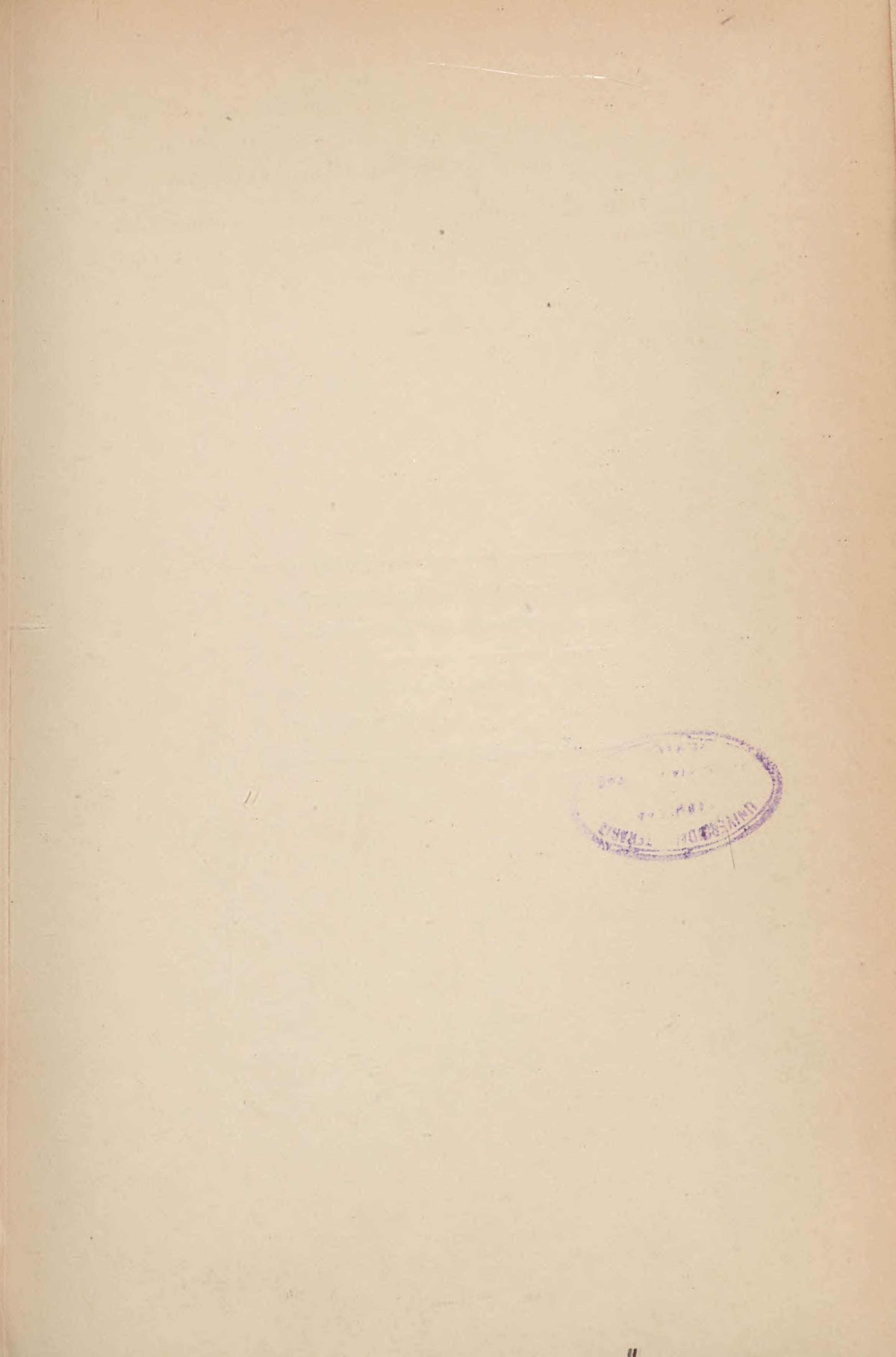
Han sido nombrados Académicos Correspondientes D. Juan C. Cebrián, en San Francisco de California, y el Excmo. Sr. Marqués de Ciadoncha, en Madrid.

Petición del premio Nobel de Literatura para la Excma. Sra. D.ª Blanca de los Rios

En la Junta ordinaria del día 19 de Noviembre, acordó la Real Academia solicitar el premio Nobel de Literatura para la Excma. Sra. D.ª Blanca de los Ríos, hija predilecta de esta ciudad y correspondiente de la Real Academia.

La labor literaria de tan insigne escritora es bien conocida y digna de tan alta recompensa.





REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza del Conde de Casa Galindo, 8

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
Año . . . . 10 pesetas